

dor á los soberanos, ante los que se mostró sereno y digno, fué de excelente efecto. Esto no obstante, Perignon escribía á París, el nueve de Mayo, que no adelantaría un paso mientras no dispusiese de importantes sumas, porque Inglaterra se ganaba á todo el mundo con sus guineas, y que el príncipe de la Paz deseaba adquirir bienes nacionales por unos quince millones. ¡Por qué abismos de prostitución se movía la corte de Carlos IV!

Las negociaciones caminaron deprisa. El trece de Mayo, Godoy presentó un proyecto de alianza ofensiva y defensiva, con el auxilio recíproco de veinticinco navíos de guerra y veinticuatro mil hombres de línea, número que podría aumentarse en caso de necesidad, expresando el deseo de mantenerse España en el ínterin fuera de la lucha. Pero al día siguiente, supo Perignon que este deseo era del rey, no del príncipe de la Paz, el cual trabajaba para inclinar el ánimo del soberano á tomar parte en la guerra. No tardó en declararlo bien explícitamente el mismo Godoy. Con motivo de haber preguntado á Perignon qué pensaba de las arterias de Rusia contra Suecia, el embajador aprovechó la ocasión para pintarle la codicia insaciable de la corte de San Petersburgo y de la de Londres, y sugerirle la posibilidad de una gran coalición de Francia y España con los holandeses, venecianos, turcos, suecos y daneses. Godoy, que gustaba de fantasear sobre empresas colosales, le interrumpió de repente con esta interpelación: «Nuestra flota de Cádiz está pronta á hacerse á la mar; supongamos que la vuestra se halla en el mismo caso, que sale del puerto y que es atacada por los ingleses; ¿qué haría usted siendo comandante de los buques españoles?»—«Mi orden sería: ¡A las armas!», exclamó Perignon—«Pues bien, eso está hecho; esa orden se ha dado á nuestra flota». En efecto, el almirante Socorra había recibido orden de oponerse á todo ataque de los ingleses contra los barcos franceses. El diez y siete de Mayo, dijo todavía Godoy al embajador francés: «El rey tiene la guerra con Inglaterra por un hecho consumado; pero, como persona honrada, no quiere empezar las operaciones ofensivas antes de la declaración oficial; acabemos, pues, con el tratado de alianza». En su virtud, Margourit redactó un proyecto conforme á las instrucciones del Directorio, compuesto de un acta destinada á la publicidad, en la que se estipulaban la alianza eterna, los socorros mutuos, la conquista de Gibraltar y la cesión de la Luisiana, y de un tratado secreto, relativo á la alianza con Holanda y, á ser posible, con Turquía, Suecia, Dinamarca y Prusia, á la expulsión de los ingleses de los puertos de Portugal y á la disolución del cuerpo de emigrados franceses al servicio de España. Pero el veintiuno de Mayo, Godoy envió á la embajada francesa un contraproyecto, por el que España restringía la garantía recíproca de las posesiones al antiguo territorio francés y se reservaba la neutralidad en la presente guerra. Varios motivos justificaban esta medida. La hacienda presentaba enorme déficit, que al fin del año se elevó á trescientos setenta y siete millones de reales, en un presupuesto de setecientos sesenta millones; los arsenales estaban vacíos, y la mayor parte de la flota, inservible; los ma-

rinos eran pocos y mal alimentados, y la inmensa mayoría de la población odiaba á los franceses y clamaba por la paz y el reposo. Se redactó, pues, el tratado el veintiséis de Junio en los siguientes términos: las dos potencias se ayudarían mutuamente con todas sus fuerzas en toda guerra declarada en común, según un plan de campaña adoptado igualmente en común y con exclusión de toda paz por separado; si una de las potencias estuviese en guerra, la otra debería enviarle, no bien se le pidiese, veinticinco navíos de guerra ó veinticuatro mil hombres de línea, cubrir las bajas que se produjesen en este ejército y aumentarlo si fuese menester; prometíanse recíprocamente, en fin, concluir un tratado de comercio, fijar la jurisdicción consular y determinar las fronteras de los Pirineos. El artículo tercero decía simplemente: «España queda neutral en la presente guerra»; pero se comprometía, en el tratado secreto, á declarar la guerra á Inglaterra antes de cuatro meses, si el gabinete británico no daba explicaciones satisfactorias, y á intimar á Portugal que expulsase de sus puertos á los ingleses. Luisiana pasaría á poder de Francia después que España recobrase á Gibraltar.—Con ser este tratado tan gravoso para España, todavía no satisfizo al Directorio, el cual contestó el ocho de Julio exigiendo, entre otros extremos, la cesión inmediata no sólo de la Luisiana, mas también de la Florida occidental, y que España declarase la guerra á Inglaterra un mes después de firmado el convenio. Y como Godoy accediese á lo de la guerra, el Directorio formuló nuevas exigencias, presentando un tratado de comercio á favor de la industria francesa y un proyecto de demarcación de fronteras lesivo para España. Parecía natural que á pretensiones tan disparatadas hubiese seguido la ruptura inmediata; pero el Directorio, conocedor del terreno que pisaba, hizo á principios de Agosto un ofrecimiento de seducción irresistible para los reyes de España, el ofrecimiento de fundar en Italia, si las circunstancias lo permitían, un reino para el infante de Parma. Esta palabra fué como talismán que venció todas las resistencias. España se arruinaría por favorecer la política de conquista de Francia, pero ¿qué importaba si en cambio un infante de la casa de Borbón tendría un reino? Esta promesa no se mencionó en el texto del tratado, como tampoco la cesión de la Luisiana y la Florida occidental; pero los dos gobiernos sintieron desde ahora cordial é intimamente unidos. El diez y ocho de Agosto del noventa y seis se firmaron en San Ildefonso estos funestos tratados, que habían de traer sobre España horrendas desgracias.

Volvamos á Bonaparte, que seguía desplegando en Italia una actividad maravillosa. Mientras que sus baterías abrían en el mes de Julio la primera brecha en los muros de Mantua, gestionaba con los magistrados de los grisonos para obtener la posesión militar de los pasos más importantes del país; reunía en Livurna voluntarios y armas; provocaba en Córcega una sublevación decisiva contra la dominación inglesa; maquinaba la expulsión del duque de Toscana; se ocupaba en la administración de los ejércitos, y trabajaba en propagar las ideas republicanas en Milán, Módena y Bolonia. Estaba ya firmemente

resuelto á conservar el poder y extenderlo cuanto sus energías le permitiesen; y para lograr este fin, todos los medios le parecían buenos. Alternativamente violento y astuto, brutal y suave, bienhechor é implacable, desplegaba, con igual talento y seductora gracia, ruidosa cólera ó dignidad tranquila. Todo en él era cálculo, hasta los afectos en apariencia más vivos. Emancipado de los vínculos que unen á los hombres y someten la vida á leyes morales, en nadie depositaba afección desinteresada ó confianza plena. A su mujer la amaba con pasión meramente sensual; á los hombres los estimaba ú odiaba según que le servían ó le estorbaban para sus planes, y servidores ó enemigos, á todos los despreciaba igualmente en el fondo de su alma. Su personal grandeza era el objeto de todos sus pensamientos y de todos sus actos, y pisoteaba con suprema indiferencia todo lo que á ella se oponía, derechos, deberes, leyes y tratados. A esta hora, los triunfos y la confianza en sí mismo no habían embotado aún la penetración de su juicio, ni destruido el equilibrio entre el calor de su imaginación y la frialdad de su espíritu, y tomó con sabia previsión todas las medidas contra los formidables refuerzos que el general austriaco Wurmser reunía en el Tirol para lanzarlos sobre Italia. Trató de reconciliarse con todos los Estados italianos, para que no le suscitasen dificultades en el momento del peligro; agobió al Directorio con exigencias de refuerzos, y concentró en el Adige todas las tropas que pudo sacar del Piamonte y de la Lombardia. Fuera del general Serurier, que seguía bombardeando con furor á Mantua, cuya caída se esperaba á fines de Julio de un día á otro, destinó las otras divisiones á guardar los caminos del Tirol: Augereau, con cinco mil trescientos hombres, en Legnano, para prevenir el ataque por el valle del Brenta; Massena, con quince mil cuatrocientos hombres, cerca de Verona y de Rívoli, en el gran camino de Brenner y las alturas de Monte Baldo, entre el Adige y el lago Garda; Sauret, con cuatro mil cuatrocientos hombres, al Oeste del lago Garda, cerca de Salo y de Gavardo, cerrando el valle del Chiese; por último, en el centro de la posición, sobre el Mincio, Despinois, con siete mil seiscientos hombres de infantería, y Kilmaine, con mil quinientos caballeros, dispuestos á socorrer cualquier punto amenazado. Sumaban estos destacamentos treinta y cuatro mil hombres. Tomadas estas medidas, Bonaparte esperaba con impaciencia á su adversario, seguro de que le proporcionaría ocasión de alcanzar nuevos laureles. «Estamos hace varios días al acecho en nuestras posiciones, escribía al Directorio: ¡desgraciado del que se engañe en sus cálculos!». Más confianza que Bonaparte mostraba Wurmser. «Adjunto el plan de ataque, escribía el veinticinco de Julio; ruda empresa, pero inevitable; hay que meter las columnas por entre desfiladeros y por caminos de perdices; me consuela el buen ánimo de los oficiales y de los soldados; en suma, espero zurrar al enemigo». Fundábase esta confianza en lo numeroso de su ejército, de cincuenta y cuatro mil hombres. Según este proyecto, el general Meszaros, con cinco mil infantes, se adelantaría por el valle del Brenta contra Augereau; el general Quosdanowitsch, á la cabeza de diez

y siete mil, se metería por el valle del Chiese, hasta Brescia, contra Sauret; por último, Wurmser llevaría el centro, de veinticuatro mil hombres, por el camino de Brenner en dirección á Verona y luego á Mantua. Como el torrente desbordado rompe el dique y se dilata por la llanura arrastrando en su precipitado curso cuanto encuentra á su paso, así los ejércitos de Wurmser hicieron frizas aquel cerco de bronce que Bonaparte creyera incommovible, y se derramaron en todas direcciones, llevando por delante las guarniciones francesas derribadas. Meszaro ocupó las alturas que dominan á Verona; Wurmser rechazó á los franceses de las importantes posiciones de Corona y Rívoli hasta Castelnovo, y Quosdanowitsch tomó la ciudad de Brescia, contándose por centenares los prisioneros y por docenas los cañones cogidos. «¡Desgraciado del que se equivoque en sus cálculos!», había escrito Bonaparte al Directorio, y no cabía duda, el general francés se había engañado. Tendido en el suelo estaba el muro de bayonetas con que creía haber ceñido á la Lombardia. Del alto puesto de dominador de Italia, había descendido en un cerrar de ojos al borde del abismo. Con su rápida penetración, comprendió toda la ventaja que estos primeros golpes daban al enemigo. Si yo fuese Wurmser, pensaba, no se me escaparía el ejército francés. Presa de terribles angustias, el treinta y uno por la tarde conferenció con Augereau, el cual le manifestó sin vacilar que no le importaba cuántos fueran los enemigos, porque el peligro multiplicaba el valor de los soldados republicanos; y como Berthier, jefe del estado mayor de Bonaparte, observase que tal vez Augereau no conocía la posición del enemigo: «La conozco mejor que usted, replicó éste; actos, no discursos, es lo que necesitamos». — «En ese caso, ¿qué nos toca hacer?», preguntó Bonaparte. — «Muy sencillo, replicó Augereau: reunir el ejército, matar á los cobardes y no hablar de retirada, que acabaría con el orden, con la disciplina y con los soldados, que los campesinos exterminarían por grupos. Que cada cual cumpla con su deber como nosotros, é Italia será libre y la República salva: piensa que toda Europa tiene los ojos puestos en nosotros. Me dices que el enemigo ocupa el Chiese y Brescia; pues bien, yo marcharé de noche á Brescia, expulsaré al enemigo y restableceré nuestras comunicaciones con Milán; luego, deliberaremos». Todo esto fué dicho por modo de arranques, sin cálculo ni reflexión; pero arranques de un corazón intrépido, que reanimaron á Bonaparte y le sugirieron un tropel de grandes ideas, que resumió en esta frase: «Hay que levantar el sitio de Mantua». Inmediatamente mandó á Serurier que á la noche siguiente llevase la mitad de su división á Goito, y ocupase con la otra mitad el puente del Oglio, cerca de Marcaria, destruyendo ó inutilizando los cañones, bagajes y municiones que tuviera que dejar; á Kilmaine, que se incorporase á la división Augereau, para caer sobre Brescia, y á Massena, dirigirse al Oeste de Peschiera, hacia Lonato y Castiglione. Su nuevo plan era: reunir todo el ejército en la margen occidental del Mincio, marchar contra Quosdanowitsch, con fuerzas dobles á las de éste, destrozarlo, y enseguida arremeter contra Wurmser, para aniquilarle á su

vez. Jugaba el todo por el todo, pero no había otro camino, á menos de retroceder. Duro sacrificio fué, en verdad, el de inutilizar los ciento noventa cañones emplazados delante de Mantua; pero ya no se trataba de tomar á Mantua, sino de salvar el ejército. Este abandono de todos los intereses secundarios, esta entera concentración de la voluntad en un punto único, revelan toda la grandeza de alma de Bonaparte.

Estos movimientos empezaron la misma noche del treinta y uno. Augereau, con la brigada Pelletier, que llegó de Mantua, ganó el Chiese por cerca de Montechiaro, en la madrugada del primero de Agosto, y poco después llegó á Brescia, restableciendo las comunicaciones con Milán. Aquí supo que Quosdanowitsch se había retirado al Norte por la parte de Cavardo, distante unas tres leguas, y que el treinta y uno se había visto una columna de Wurmser cerca de Valeggio, en el Mincio, á unas cuatro leguas, de donde el temor de que al día siguiente Wurmser les atacase por la espalda. Perplejo Bonaparte, reunió en consejo de guerra á los generales, para consultarles si se debía atacar ó retirarse. Augereau persistió en su opinión de que debía atacarse donde quiera que se viese á un enemigo; los otros generales se inclinaron á retirarse detrás del Adda. «¿Con qué, preguntó Despinois, protegeríamos nuestros flancos contra Wurmser?».—«Con nuestras bayonetas», gritó Augereau. Y como Bonaparte se estuviese callado: «Batíos en retirada hasta Paris, añadió, no me opongo; pero os juro no ir con vosotros»; y se salió enfurecido, yéndose á descansar de su marcha durante la pasada noche. Bonaparte, indeciso y conturbado, disolvió el consejo sin decidir nada. A las dos de la mañana hizo llamar á Augereau, para participarle que era de su parecer; pero que la proximidad de Wurmser no les permitía dirigir todas las fuerzas contra Quosdanowitsch. El dos de Agosto, Augereau recibió orden de marchar con su división á Montechiaro, á donde se dirigieron también las tropas de Mantua y la caballería de Kilmaine, sumando en conjunto unos doce mil hombres, contra Wurmser. En la tarde del mismo día, Sauret, con tres mil quinientos hombres, debía volver de Desenzano á Salo, y Despinois á Gavardo, contra Quosdanowitsch. Massena acamparía cerca de Lonato, entre los dos cuerpos, para correr en auxilio del uno ó del otro. Dadas estas órdenes, Bonaparte escribió á Salicetti: «Estoy aquí casi con todo mi ejército; aprovecharé la primera ocasión para dar la batalla, que decidirá de la suerte de Italia; vencido, me retiraré detrás del Adige; vencedor, no me detendrán los pantanos de Mantua». En esta disposición, subió á caballo y partió en pos de Augereau, hacia Montechiaro, para examinar esta posición. Por el camino se enteró de que el general Valette, á la vista de una columna enemiga, había evacuado á Castiglione casi sin resistencia, retirándose hacia Montechiaro, y esta noticia quebrantó su decisión. Indudablemente, aquella columna era una avanzada de Wurmser, y como Castiglione está á unas dos leguas de Montechiaro, era de temer ser cogido al día siguiente entre dos fuegos; de donde otra vez la duda de si no sería mejor retirarse antes que dejarse envolver. En esta confusión, se

apresuró á juntarse con Augereau, á quien halló exasperado contra Valette, pero inquebrantable en su ardor. «Las tropas, le dijo éste, no piensan más que en la batalla; precisamente, acabo de visitar los campamentos».—«Quiero verlos también, replicó Bonaparte». En todas partes fué acogido con transportes de entusiasmo.—«¡No queremos retirarnos!», gritaban los unos. «¡Queremos morir aquí!», exclamaban los otros.—«¿Sabéis, les dijo el general, que Wurmser está delante de nosotros con veinticinco mil hombres?» Un grito unánime le respondió: «¿Qué importa? Nosotros no contamos á los enemigos». Esto no obstante, Bonaparte, sin duda para sondear á sus oficiales, les dijo que le parecía más seguro retirarse detrás del Adda. Entonces estalló otra vez Augereau: «¿Qué diablo quieres hacer tú detrás de ese Adda tan húmedo?; aquí es donde debemos batirnos; no temo á los veinticinco mil austriacos; sólo temo tu emoción; es preciso que nos batamos. Triunfaremos; pero si hubiésemos de ser derrotados, sólo será cuando yo esté muerto». Los demás se rieron, pero fueron de su parecer, y Bonaparte cerró la deliberación, diciendo: «Haced lo que podáis; os dejo la responsabilidad; me voy». Estaba completamente seguro de que al día siguiente ni uno solo de aquellos bravos retrocedería. Partió anochecido ya, yéndose al campamento de Massena, en Lonato.

Este ardor y esta firmeza iban á ser pronto recompensados. Bonaparte no se había equivocado. El enemigo, ante el que Valette se había retirado de Castiglione, no era Wurmser, sino su vanguardia, la brigada Liptay, con fuerza de cuatro mil hombres. El treinta y uno de Julio, por la noche, el general austriaco recibió de la misma Mantua la noticia de que el sitio había sido levantado y que todas las columnas francesas marchaban hacia el Chiese, é inmediatamente escribió á Quosdanowitsch, que pasaría el Mincio el dos de Agosto por Goito, con el objeto de coger á Bonaparte por la retaguardia mientras él le atacaría de frente. Pero perdió un día en visitar á Mantua, y no llegó á Goito hasta el tres de Agosto por la mañana, y así fué que, mientras sus columnas andaban bajo el ardiente sol de Julio las tres leguas que separan á Goito de Castiglione, la carnicería había empezado ya en este último punto, por culpa suya. Quosdanowitsch, al recibir la carta el dos, tomó al punto la ofensiva, mandando al general Ocskay marchar de Salo contra Sauret, que se hallaba en Desenzano, precisamente al tiempo en que Sauret, obedeciendo la orden de Bonaparte, se trasladaba de Desenzano á Salo, y como los dos ejércitos tomaban caminos distintos, los austriacos el del litoral, los franceses el de la montaña, se cruzaron sin verse, llegando al anoecer del dos la división Sauret á Salo y la de Ocskay á Desenzano, sin haberse disparado un solo tiro. El tres por la mañana, Ocskay, volviéndose á la derecha hacia Lonato, sorprendió la vanguardia de Massena; pero enseguida acudió Bonaparte con el grueso de las fuerzas, le estrechó y le batió tan por completo, que no quedaron de la brigada más que unos centenares de hombres. Mientras tanto, Sauret, en un ataque que intentó contra los austriacos de Gavardo, fué rechazado; Despinois, que